

DON FAVILA.
Sé primo, que es nuestra sangre,
Y que por no defenderla
Es mengua que se derrame.

EL REY.
¿Tendreis tal vez prueba alguna
De su inocencia?

DON FAVILA.
Eso atañe
A los que esto sentenciaron:
Bástame á mí su linaje.
Y sabed que aunque otra fuera
Ser mujer era bastante
Para romper yo una lanza
A no defenderla nadie.

EL REY.
¡Noble sois!

DON FAVILA.
Nací en palacio,
Nadie como vos lo sabe

Y su caballo volviendo
Dejó al rey, que á replicarle
Iba, y desairado viéndose
Dijo iracundo, ¡adelante!
Fuese el duque don Favila
Al acusador, y en grave
Acento y gesto sañudo
Dijole palabras tales.
—Yo, para lidiar conmigo
“Os dispense lo que os falte,
“Y no riño mas que á muerte;
“Ved pues si podeis matarme,
“Porque si acabo con vos
“He de daros por infame
“A vos y á todos los vuestros
“A donde la raza alcance.
“Con que á quien Dios se la diere
“Bendígasela su madre.”

Y asiendo un caballo negro
Que de hinojos le da un paje,
Tomó campo don Favila
Su antagonista imitándole.
Quedó en profundo silencio
La multitud un instante,
Y la atencion fué profunda,
Y el temor inesplicable.
Unos están por el duque,
Otros que el deseo saben
Del rey, anhelan inícuos
Que doña Luz no se salve.
Y otros que ven la nobleza
Del que á la batalla sale,
De la princesa dolidos
Por ella plegarias hacen.
Ellos, mientras, lanza enristre,
Tendidos hácia adelante,
A la señal de los jueces
Salieron á todo escape.
Viniéronse uno para otro,
Y en el medio al encontrarse
Tal nube de polvo alzaron,
Que oscureciendo el lance,

Por movimiento uniforme
Todos en su asiento alzándose
Tendieron tras de los ojos
Los cuerpos para mirarles.
Y el espeso remolino
Con el viento disipándose,
Dejó ver las consecuencias
Del encuentro formidable.
Por valor ó por fortuna
De un bote acabó el combate:
Nadie con el cómo atina,
Pero el hecho está palpable.

El bueno de don Favila
Al acusador cobarde
Tenia á sus piés tendido,
Y la lanza asegurándole
Al pecho, le amenazaba
Con morir ó retractarse.
Grande fué entonces el asombro,
Y el bullicio fué muy grande,
Que hay quien á magia lo achaca,
Y otras causas semejantes.
Y el rey que á su favorito
Mira en tan extremo trance,
Lanzó á la arena su cetro:
Mas don Favila, mas hábil,
Antes que á tierra llegara
Pasóle de parte á parte.
Rompió en aplausos la turba
Que todo al cabo lo aplaude,
Gozó don Favila el triunfo,
Y el rey gimio de coraje.

Dióse por libre á la infanta
Y empezó á salir la gente,
Cuando confuso tumulto
Se levantó en el palenque.
Asustáronse las damas,
Y hubo voces diferentes
De alarma—¡fuego!—¡á la vega!
¡Fuera!—¡matarle! ¡cogerle!
Y el alboroto redobla,
Y en la confusion que crece
Unos á huir se preparan,
Otros á la bulla vuelven.
Allá abajo entre una turba
Se ven apenas los jueces
Con sus insignias por alto
A las que ninguno atiende,
Y suenan voces de riña,
Y puños por alto vénse,
Aunque en verdad del tumulto
Nadie la razon comprende.
Sonaron, por fin, clarines
Del rey, y entraron ginetes
Que despejaron el campo
Con que logran entenderse.
Volvióse la multitud
A los asientos, volviéronse
Con el rey los cortesanos
A sus sitios preferentes,
Y demandando la causa
El rey, fueron á ponerse

A sus piés tres caballeros
Armados hasta los dientes.
Enojado el rey Egica,
Díjoles.—¿Quién son? ¿qué quieren?
Y alzó la voz uno de ellos
Diciendo: *vasallos fieles,*
Amigos de la justicia,
Y del difunto parientes.
Señor, la misma demanda
Entablamos nuevamente,
Y á desafiarse venimos
A su vencedor á muerte.

Brilló en el rostro del rey
Traidora sonrisa oyéndole,
Y dijo con voz de triunfo
A don Favila volviéndose:
—Primo, ¿admitís la demanda?
Ya veis que con causa viene!
—Que vengan en hora buena!
Yo traigo quince ginetes;
Y admito por cada cuatro
de mis caballeros, siete.
—Y yo soy con mi sobrino
Mantenedor del palenque,
Esclamó entrando en la liza
Otro, cuya voz potente
Cubrió el rumor que en el pueblo
La nueva noticia mueve.
Fruunció las cejas Egica
Viendo al nuevo combatiente.
Y esclamó: ¡vos, Godofredo,
Vais á lidiar!

—Me parece.
¡Ea! buen duque, á caballo!
Que hombres de nuestra progenie
Por un contrario de mas
Batalla escusar no pueden.
—No tío, ¡viven los cielos!
Pero algo ha de concederse
A quien como noble lidia,
Y abriga sangre de reyes.
Yo solo mantengo el campo,
Que tiren entre ellos suertes.
Y al que le toque, que salga.
Pero, ¡ay de ellos si no vencen,
Todos quedarán esclavos
Para cuidar mis lebreles,
Yo arrastraré al que derribe,
Y escupiré á los que queden.
—Eso sí, sobrino mio,
Mas si por desdicha vencen,
Soy tu padrino y no dudes
Que vengaré bien tu muerte.
—Pues á caballo!

—A caballo!
Y al punto la lid resuelven,
Sentadas las condiciones
Entre padrinos y jueces.
Volvió á temer doña Luz
Acusada doblemente,
Y el pueblo volvió á gozar,
Porque el pueblo goza siempre.

Salió al combate don Bristes,
Mozo de años veintinueve,
De alma relajada y fiera
Y esforzado como un Hércules.
Mucho de su fama y bríos
Por don Favila se teme,
Y dicen que el rey nombra
Por el mas recio escogiéndole.
Ello es que él y don Favila,
Lanza en ristre y frente á frente,
Apercibidos esperan
La señal de acometerse.
Diéronse los padrinos
Y uno para otro viniéndose
En la mitad de la arena
Se hallaron bizarramente.
Don Bristes de una lanzada
Hendió escudo y coselete
A don Favila, que apenas
En la silla se mantiene,
Y don Favila mas diestro,
Aunque en golpe menos fuerte
El hombro derecho á Bristes
Certero le desgarnece.
Pero ambos en los arzones
Con buena prez manteniéndose,
Con nuevas lanzas que toman
Segunda carrera emprenden.
Erró don Bristes el golpe
Por fiarse solamente
De su fuerza, y don Favila
De su falta apercibiéndose
En un vigoroso encuentro
Tendió caballo y ginete.
Muerto, al ver que toca en tierra
Todos á la par creyeronle,
Mas caballero famoso,
De su destreza valiéndose,
Con rapidez inaudita
Tornó á alzarse de repente.
Glorioso, arrancó un aplauso.
Y por Dios que lo merece,
Porque es asombroso lance
Y sutilísima suerte!
Atónito don Favila
Quedó, y receloso al verle
Venirsele espada en mano
Rabioso como una sierpe,
Tambien acudió á la suya,
Mas no tan pronto revuelve
Que no le alcance del tajo
Mucha parte en el almete.
Cargóle el rápido Bristes
Colérico por dos veces,
Y evitóle don Favila
Casi milagrosamente.
Y siempre entrando y saliendo,
Y acuchillándose siempre,
Si bien le trabaja Bristes
Bien el duque se defiende.
Pero viendo don Favila
La ventaja que en sí tiene
Por ser mejor su caballo

Al que manda fácilmente,
 Dió en esquivar á don Bristes,
 Acechando cautamente
 Un paso sentado en vago
 Que descubierto le deje.
 Con lo que el otro creyendo
 Que ya don Favila teme,
 Su afán redobla, y su potro
 Con tal ímpetu revuelve,
 Que ya doña Luz desmaya,
 Y ya murmura la gente,
 Y ya con harto trabajo
 Los aplausos se contienen.
 Mas el diestro don Favila
 Se cierra tan de repente
 Con Bristes, que ambos á dos
 A tierra á un tiempo se vienen.
 Cayó bajo su caballo
 Don Bristes innoblemente,
 Y el duque por la garganta
 Su agudo puñal le mete.
 Soltó la espada el vencido,
 Tendió los brazos inermes,
 Y asieron de don Favila
 Los padrinos y los jueces
 DON GODOFREDO.
 ¡Dame los brazos sobrino!
 DON FAVILA.
 Tío, matarle no basta,
 Fuerza es que á toda su casta
 Llegue su fatal destino.
 JUEZ.

Se abrió el campo caballero
 A la lid, no á la venganza.
 DON FAVILA.
 Cuanto derriba mi lanza
 Pertenece á mi escudero.
 Si en leyes entendeis vos,
 Yo entiendo en lances de riñas,
 Con que dejad socaliñas
 Que me cansais ¡voto á Dios!
 Escudero, en buena ley
 De impostores para mengua,
 Arranca al muerto la lengua
 Y pónla á los pies del rey.
 JUEZ.

A nadie se permitió. . .
 DON FAVILA con desprecio.
 Si á nadie se ha permitido
 Tampoco permiso pido,
 Que primo del rey soy yo.

Con cuyas fieras palabras
 Desairados los presentes,
 Los jueces se desconciertan
 Y el escudero obedece.
 Y sigue aplaudiendo al duque
 Con estrépito la plebe,
 Y entréganse despechados
 Del vencido los parientes.
 DON FAVILA.
 Tío, decid á esa dama
 Si está su honor satisfecho,

Y al rey si basta lo hecho.
 Para volverla su fama.
 DON GODOFREDO.
 El rey se partió indignado
 Tal vez de tu demasia.
 DON FAVILA.
 Mañana será otro día
 Y se habrá desenojado.
 Pues si llora por el muerto
 No me tendrá en gran favor.
 DON GODOFREDO.
 Que lo cuentes es mejor
 Sobrino.

DON FAVILA.
 Estais en lo cierto.
 Con que tío, Dios os guarde,
 Que he apretado bien los puños
 Y tengo varios rasguños
 Segun creo, y se hace tarde.

Y en tanto que hablaban esto
 Don Godofredo y el duque.
 El rey se salió del circo
 Con ira ó con pesadumbre.
 Dió por libre á doña Luz,
 Pero segun se presume
 Secretos designios guarda,
 Y negra intencion encubre.
 Porque al punto que don Bristes
 Cayó bajo el brazo ilustre
 De don Favila, sus guardias
 Con celo que bien no arguye,
 Asieron de la princesa
 Y quedó la incertidumbre
 De si va libre y honrada
 O si presa la conducen.

Ello es que estos pormenores
 Que por entre el vulgo cunden,
 Sospechas alzan y miedos
 Que hacen que asaz se murmure;
 Y ello es que á hablar en secreto
 Por la tarde se reúnen
 Los vecinos, y se teme
 Que en partidos se pronuncien.
 Porque se habla demasiado
 Del combate, y atribuyen
 A Dios mucha parte, y dicen
 Que su mano se descubre
 Pues que vuelve por el justo,
 Y no obra el rey cual le cumple.
 Lo cierto es que hay destinados
 Cien ginetes que patrullen,
 Y el rey ha enviado á su primo
 Un mensaje que en resumen
 Le intima que á sus estados
 Para volver se apresure
 Y así se pasó la tarde,
 Y el mundo en sombras se sume,
 Y envuelve el cielo la noche
 Con pabellones azules.
 Algunas estrellas lánguidas

Acá y acullá relucen,
 Diseminadas antorchas
 Que mas que aparecen huyen.
 La luna asoma á pedazos
 Por un peloton de nubes
 Que la circunda fantástico,
 En forma y color voluble.
 Y al fin por mas que los nobles
 El juicio de Dios divulgen
 Haciendo favor al rey,
 Y por mas que él disimule,
 No queda nadie en Toledo
 Tan necio á quien se le oculte
 Que doña Luz sigue presa
 Y que se destierra al duque.
 Por eso en la torrecilla
 Del gótico alcázar, luce
 La lámpara misteriosa
 Que pena y desvelo arguye
 En quien la habita, por eso
 El reposo se interrumpe
 De la noche con los ayes
 Que necio pavor infunden
 En los guardias de la torre,
 Y cuyo son les aturde,
 Mientras en el aire vaga
 Y en el aire se consume.

VI.

ENCUENTRO Y RESOLUCION.

¡Ay triste del que ufano
 Y alegre en apariencia
 Figura á los placeres
 Quimérica afición,
 Y rie y goza, y muchos
 Envidian su existencia,
 Y un torcedor secreto
 Le roe el corazón!

¡Ay triste del que lleva
 Los celos en el alma
 Y afecta en el semblante
 Las risas del placer,
 Y sus palabras mienten
 La venturosa calma,
 Porque suspira ansioso
 Su contristado ser!

Sí, triste á quien asalta
 Perdido un pensamiento
 Cuya horrosa duda
 Destruye su ilusión,
 Y vaga por su mente,
 Cual á merced del viento,
 Bajel desorientado
 Sin velas ni timon.

¡Ay, pobre caballero
 Cuyo leal cariño
 Secreto largos años
 A su beldad guardó,
 Soñando á su querida
 Mas pura que el armiño,
 Y al cabo de una ausencia
 Sin honra la encontró!

¡Quién hallará palabras
 Que al caballero amante
 Consuelen, ó á lo menos
 Satisfaccion le den,
 Cuando en la lengua torpe
 Del vulgo petulante
 Prostituido encuentra
 El nombre de su bien?

¡Ay! la princesa amaba
 En otro tiempo á un hombre
 Que los rabiosos celos
 Estimuló del rey,
 Y de quien no bastaron
 A descubrir el nombre,
 Ni el pavoroso juicio
 Ni la sangrienta ley.

Si aun la ama, si el delito
 Tal vez es verdadero,
 ¡Por qué por honra propia
 No viene á combatir?
 ¡Por qué si la ha infamado,
 No sabe el caballero
 Satisfacer cual noble
 O cual leal morir?

Mas pues la acusan todos
 Habrá razon alguna
 Para que todos la hagan
 Tan vil imputacion:
 Y entonces ¡ay! ¡quién sabe
 Si por fatal fortuna
 Ageno será el crimen,
 Y agena la pasion?

Y ¡ay triste del que lleva
 Los celos en el alma
 Y afecta en el semblante
 La risa del placer,
 Y sus palabras mienten
 La venturosa calma,
 Porque suspira ansioso
 Su contristado ser!

Mas doña Luz á solas
 Llorando sin consuelo
 Por su galan oculto
 Se aflige sin cesar,
 Y prematura muerte
 De hinojos pide al cielo,
 Si acaso pudo ingrato
 Su corazón cambiar.

Y acaso en este instante
Con torcedor secreto
Los zelos se apoderan
A un tiempo de los dos,
Y van por dos caminos,
Entrambos á un objeto,
El uno en pos del otro
De su ventura en pos.

Está avanzada la noche,
Fria por demas y oscura,
Apagadas las estrellas
Y encapotada la luna.
Sopla á ráfagas el cierzo,
Y aunque tormentoso nunca,
Segun por donde se arrastra
Silba, gime, brama ó zumba.
Todo en Toledo reposa,
Y negra, apiñada y mustia
Se ve la ciudad que á trechos
En la sombra se dibuja.
Y allá por entre las peñas
Del valle opaco en la hondura,
Se oye el ronco son del agua
Del Tajo, que se derrumba
Entre los rudos peñascos
Alzando hervorosa espuma.
¡Medrosos sitios son estos!
Medrosos por las figuras
Informes que representan
Y por tradiciones muchas.
¡Misteriosos son aquellos
Peñascos y quebraduras,
Cuyos contornos se estienden
En irregulares curvas,
Que en la fantasía toman
Forma y variedad difusa,
Y vida en el miedo encuentran
Y en las creencias se abultan.
Avanzando silenciosa
Por su superficie rústica,
Viene á estas horas subiendo
Una sombra lenta y muda.
Y ya por paso mas fácil,
O porque mejor la encubran,
Con la sombra mas espesa
De los peñascos se escuda.
Cumplido manto la emboza,
Y aunque impedirlo procura,
La malla y los acicates
Por debajo le relumbran,
Y á cada paso se siente
El crugir de la armadura,
Cuyas piezas al moverse
Se separan y se juntan.
Y no sé qué de siniestro
En tales sitios augura,
Quien en tan lóbrega noche
Su fria soledad turba.
Y bien á lo que parece
Conoce el lugar sin duda,

Pues ni en lo áspero tropieza
Ni lo difeíl le asusta;
Y avanza y gira á su tiempo
Con precision, y segura
Su planta evita los brezos
Y los pedregales cruza.
Así de una en otra peña
Llegó trepando á la altura
Hasta tocar del alcázar
Las viejas murallas húmedas,
Donde apartada una piedra
Que falso postigo oculta
Iba á alzar con una llave
La mohosa cerradura.
Mas no bien la estrecha puerta
Tocaba, cuando la punta
De una espada en la garganta
De repente le asegura.
—“Quién va allá,” le preguntaron,
Mas con repentina astucia.
—¡El diablo! contestó al punto,
Y con impensada furia
Dando sobre el que le amaga
—¿Quién vá? á su vez le pregunta.
Quedaron pues, cara á cara,
Aunque cada cual la suya
Recata cuidadosamente
Y aprestados á la lucha.
Mas el que amagó primero,
Ya por miedo ó por cordura
Bajando primero el arma,
Asi la cuestion escusa.
Diciendo: “De todo el muro
Es esta la puerta única,
Solo dá entrada á esta torre,
Y vos conoceis la ruta.
Que ibais á entrar está claro,
Con que de dos cosas una:
O el galan de doña Luz
Sois, ó en la sombra nocturna
Fiado, en la torre entrabais
De oro y de alhajas en busca.
Si lo primero en mis manos
Tengo yo vuestra fortuna,
Si lo segundo, mis gentes
Apostadas en la hondura
Dan con voz á una señal
En la corriente profunda.
Con que hablad, pues.”

—“Norabuena!

Y escuchadme, esta es la única
Puerta que lleva á esta torre
Y vos conoceis la ruta.
Que ibais á entrar me sospecho,
Con que de dos cosas una:
O el galan de doña Luz
Sois, ó en la sombra nocturna
Sorprendido su secreto
Habeis venido en su busca.
Si lo primero, me importa
Estorbar vuestra fortuna;
Si lo segundo, uno es fuerza
Que en la eternidad se hunda.

Con que hablad pues.”

—Norabuena,

Y ó la razon se me ofusca
O al cabo de la cuestion
Nos encontramos en suma.
Vos sois el galan oculto.

—Y vos mi rival.

—Sin duda.

—Defendeos, pues.

—Primero

Fuerza es que aclaremos una.

—¿Cuál?

—La de con quien reñimos.

—Yo no me descubro nunca,

Cuando riño por guardarme.

Aparte necias excusas

Señor valiente, que ha dado

Con quien de razones gusta

Porque me importa el asunto

Mas de lo que se os figura,

Y si es tal vuestro secreto

Que en descubrirlo haya culpa,

Mi nombre es la garantía

De que lo echais en la tumba;

Que el príncipe Godofredo . . .

—Vos, mi tío?

—Bondad justa

De Dios, eres don Favila?

—Yo soy.

—¿Pero qué te turba?

¡Oh! de hallarme tan á tiempo

Da gracias á la fortuna,

Que sé mas de lo que crees

Por mucho que te presumas.

Pero entremos, que no es justo

Platicar en pié y á oscuras.

Tras cuyas frases metiendo

La llave en la cerradura,

Desaparecieron ambos

Por la puertecilla oculta.

Su infortunio en maldecir

Y en suspirar y gemir

Se ocupaba la princesa,

Cuando oyó con mucha priesa

Por el caracol subir.

Sobresaltóse advertida

Y así por dentro el cerrojo,

Tal vez temió por su vida,

Que no hay precaucion perdida

Del rey contra el fiero enojo.

Dieron cautelosamente

Dos golpecitos por fuera,

Mas doña Luz cautamente

A oír aguardó prudente

La voz del de la escalera.

“Luz!”—Dijeron, mas tan quedo

Que no pudo conocer

El acento y tuvo miedo:

Porque tenia en Toledo

Mucha traicion que temer.

DON FAVILA.

“Abre Luz, ¿no me conoces?”

DON GODOFREDO.

Despierta si estás dormida.

DON FAVILA.

Por dulce sueño que goces

Desvélente, Luz, mi voces,

Despierta por Dios, mi vida!

A cuyo amoroso acento

Respondiendo el corazon

De doña Luz, y un momento

Dudando, abrió su aposento

Al iman de su pasion.

Pero mirando turbada

A Godofredo con él,

Recibióles reservada,

Severa y disimulada,

Siempre á su secreto fiel.

DON FAVILA.

Tal vez, buenos caballeros,

Con nobleza ya escesiva

Venis de nuevo á ofreceros;

Tal favor agradeceros

Sabré yo mientras que viva.

Que aunque será, segun creo

Por breve tiempo quizás,

Lo grande de mi deseo

Podrá suplir lo demas.

DON GODOFREDO.

(¿Qué farsa es esta que veo!)

Luz, la brevedad importa,

Responde: esta letra ¿es tuya?

Quedó doña Luz absorta,

Cuestion tan precisa y corta

Sin atinar cómo huya.

Y el tío que esto previno

A los ojos la ponía

El escrito pergamino,

Que á dar en sus manos vino

Allá en Alcántara un día.

Posaba convulsamente

En él la avara pupila

Doña Luz; su tío enfrente

Sonreía dulcemente,

Y temblaba don Favila.

Al cabo rompió á llorar

La pobre madre culpada,

Sin osarle preguntar

Por su prenda abandonada

En los brazos del azar.

Y abriéndola con ternura

Los suyos don Godofredo

“Ven (la dijo) está segura

“Esa prenda de ventura,

“Pero lejos de Toledo.

“Y abrazaos ¡vive Dios!

“Que el cielo piadoso aprueba

“Lo que hartó costó á los dos;

“Que va de la culpa en pos

“Pero aborrece la nueva.”

Y los dos tiernos amantes

Por tanto tiempo constantes
En un cariñoso abrazo
Lid, olvidaron y plazo
En tan ansiosos instantes.
Lloraban ambos al par
Con lágrimas de ternura,
Y ya próximo á llorar
El tío sin respirar
Bendecía su ventura;
Cuando oyeron de repente
De pobre instrumento el son,
Y entre el son de la corriente
Del Tajo, alegre canción
Entonada diestramente.

DON GODOFREDO.

¡Ea! no escuse lo menos
Quien ha emprendido lo mas,
Id vuestra ruta serenos
Que mis caballos son buenos,
Y os queda un amigo atrás.

DOÑA LUZ.

¡Cómo señor, ¡qué es aquesto?

DON GODOFREDO.

Todo lo tengo dispuesto.
Y no hay remedio mejor
Ni para guardar tu honor,
Ni para evitar su arresto.

DON FAVILA.

¡Y el rey?

DON GODOFREDO.

Yo me quedo aquí.
Esposos sed ante Dios,
Que el rey Egica ante mí
Tendrá que ver que nació
El mas justo de los dos.

CONCLUSION.

Estaba cercano el día;
La luna en el horizonte
Escasa luz despedía
Y á largos pasos se hundía
Detrás del alzado monte;
Cuando solo y descuidado
En largo manto embozado
Espacio entraba en Toledo
Un hombre, que bien mirado
No era otro que Godofredo.

Y allá á lo lejos se vian
La estensa vega cruzando
Varios ginetes que huían,
Que mas se devanecían
Cuanto se iban alejando.
Pasó Godofredo el puente,
Y apenas apareció
La aurora en el rojo oriente,
Firme el pié y alta la frente
En el alcázar entró.

Lo que pasó dentro de él
Entre el infante y Egica,
Nadie en Toledo lo esplica
Ni se halla en ningun papel.

Ello es que don Godofredo
De una hora tras él despacio,
Volvió á salir de palacio,
Y se ausentó de Toledo.

Y en el aire triunfador
Con que dicen que salía,
Bien claramente se vía
Que llevaba lo mejor.

El rey desde su partida
Presa de oculto pesar
Cercano estuvo á exhalar
A sus rigores la vida.

Y en cuanto esta le duró
Ni al duque persiguió mas,
Ni el bello nombre jamás
De la princesa mentó.

Y aunque recias tempestades
Fueron á turbarles luego
De su retiro el sosiego
Y el bien de sus soledades,

Del rey su tío á cubierto
Ellos allá en sus estados
Vivieron muy bien casados,
Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.

Y acaso en otra ocasion
Si tu favor me aseguras,
Sabrás otras aventuras
De doña Luz, que hartas son.

Mas si no son de tu gusto
Lector, las que te conté,
No hablemos mas, porque á fé
Que no me coge de susto.

LEYENDA TERCERA.

CAPITULO PRIMERO.

DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORO
DE UNA FRANCESA.

En un día de Febrero,
Como á las tres de la tarde,
Del rio Arlanza mirando
Los fugitivos cristales,
Y entre el camino de Francia
Y el rio humilde paseándose,
Viase á un hombre vagando
Por su solitaria márgen,
Hidalgo y rico á juzgar
Por su gentileza y trage.
En secretas reflexiones
Abismado, y sin curarse
De cuanto en rededor pasaba
Seguia, cual si ocupasen
Su mente graves cuidados
O duelos su ánima graves.
Parado estaba del puente
Cabe los altos pilares,
Cuando llamó su atencion
Ruido y polvareda grandes
Que alzaban muchos ginetes
Por el camino adelante.
Alargó, pues, el hidalgo
Sus pasos para encontrarles,
Bien fuese curiosidad
O bien que les aguardase.
Salió al lindel del camino,
Y á la turba aprocsimándose
Peregrinos vió y juzgóles
Gente de noble linaje.
Dos damas y un caballero
Eran y con antifaces
Traian cubierto el rostro,
Costumbre de tiempos tales;
Caballos traian recios,
Cruces de plata, y por pajes
Quince ginetes armados
Del casco á los acicates.
Llegados ante el incógnito
El caballero parándose

Díjole: Dios sea loado,
Buen hombre.—Y él con voz grave
Repuso: Loado sea
Por siempre, buen caminante.
—¡Por donde voy al palacio
Del conde Garci Fernandez?
—¡Pensais en él hospedaros?
—Si que pienso.

—Muchas calles

Hay que cruzar, y yo mismo
Es mejor que os acompañe,
Si la atencion no os enoja.
—Si ese camino llevaréis
Para ir á vuestros quehaceres
Consiento, y Dios os lo pague.
—Voy tambien hácia el palacio.
—Entonces echad delante.

Tomó el de á pié en este punto.
La vuelta á los arrabales,
Y sin que hubiesen los guardias
Ocasión de demandarle
Sino de hacerle gran honra
Como á ¡ilustre personaje,
Entró en Burgos por la puerta
Que á Santa María cae.
Y aquí con los peregrinos
Que le seguian juntándose,
Conversacion introdujo
Con palabras semejantes.
—¡Y á dónde es el derrotero?
—A Santiago.

—Es una imágen

Y una iglesia milagrosa.
¡Y de qué tierra se parten?
—Desde Tolosa de Francia.
—De agradecer es el viaje!
¡Es devocion ó promesa?
—Es devocion y eso baste,
Que habeis hecho tres preguntas
Sin que es preguntára nadie.
—Perdone el buen peregrino.
—Vaya el buen guia adelante.
Y en esto el de á pié teniéndose
Ante un edificio grande